

Léxico de Tierra de Campos

II

*A modo de cordial homenaje al donoso
«Bachiller Francisco de Osuna».*

Dichosa la hora que me deparó la Providencia, allá por las postrimerías del año 1932, cuando acerté a llamar a la morada del insigne D. Francisco Rodríguez Marín en son de añadir mis pobres, pero férvidos parabienes a los que acababan de resonar en la Real Academia Española por la feliz celebración de las Bodas de Plata del soberano e incomparable cervantista con la Docta Corporación. A fe que pude comprobar gustosamente lo que por la fama conocía, conviene a saber, que no había persona, por humilde que fuese su condición, que, acudiendo a la amabilidad y fineza proverbiales del escritor egregio, no fuese recibida siempre con la mayor y más efusiva llaneza.

Me di por contento con hallar ocasión propicia para mostrarle la admiración y el cariño ilimitado, que, de muchos años, venía ocultando más por cortedad de carácter que por merma de deseo. Y dulcemente instado por él, comencé a enviarle, como ofrenda de la fecha jubilar, el rebusco folklórico de mi Tierra de Campos, esperando que no había de ser todo redrosos, sino a las veces racimos bien engordados, en entera sazón, que semejasen a la vista, ya traslúcidos topacios, ya amatistas radiantes, o bien gruesos granos de esmeralda y oro.

Bien hubiera querido hallarlos tan a la mano y tan abundantes, que colmaran una canasta, festoneada ésta y medio recubiertos aquéllos, de hojas verdes y frescas de vid recién cortadas, como nos la presenta con su peculiar donaire en «La Vendimia» el travieso pincel de Goya. Pero hube entonces de contentarme con el envío de una treintena de «ganchas» de mi copioso rebusco por viñas de dicha Tierra. («Gancho» de uvas por gajo, en vez de «gancha», se dice en las provincias de Palencia, Valladolid y Zamora).

Y como ahora se me antoja una suerte de homenaje de gratitud sacar a plaza lo que escribí con aquel fausto motivo al Patriarca de las Letras Españolas y Comentador del Quijote sin segundo, bien será traer aquí, con algún obligado retoque y añadido, lo sustancial de la carta donde iba la ofrenda de los primeros «ganchos» hallados a la rebusca.

* * *

«A la rebusca»: he aquí, admirado D. Francisco, un modo adverbial, que se usa mucho en la región palentina, que lleva el nombre de La Valdavia. ¿No es verdad que trae el grato recuerdo de la frase de Juan de Mena,

como quien uvas no halla
y anda cogiendo rebusca

citada por usted en el discurso de contestación al de entrada en la Academia del Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Leopoldo Eijo y Garay? «Andar a la rebusca», cuyo significado es ir al hallazgo del fruto que queda en las fincas después de alzada la cosecha, en especial del viñedo, tiene también uso metafórico, como le ocurre al «andar o ir de rebusco» de mi Tierra.

Vaya saliendo ya el rebusco ofrecido.

* * *

ARGAÑA, f.—Arista de la espiga de los cereales. De uso corriente en Tierra de Campos y en Extremadura. En *El vaquero de Moraña*, acto 1.º, la recogió Lope de Vega:

Hoy, segadores de España,
venid a ver la Moraña
trigo blanco y sin argaña,
que de verlo es bendición.

El Diccionario pone como anticuada «argaya», y la aplica solamente al trigo. En Asturias se llama «argaña» a una hierba silvestre áspera al tacto como las aristas de la espiga.

BIRRIA, f. (1).—Como llevan estos renglones asomos de fiesta, fuerza ha de ser que salga a danzar la birria, o moharracho, esto es, la persona graciosa y populachera, que dirige a los danzantes en las procesiones y festejos, eucarísticos principalmente, de Castilla. La birria es quien con una vara de la que pende atada de larga cuerda una pelota de trapo abre espacio a aquéllos para que puedan ejecutar con holgura la danza sacra o los juegos de los «lazos». Suele vestir la birria bragas, a guisa de zaragüelles maragatos, de color chillón, y por lo regular distinto en cada pernera; chaqueta corta con borlas por atrás y gorro a modo de capirote que termina en borla caída a un lado. El color rojo subido no suele faltar, de donde puede colegirse un barrunto de etimología: ¿vendrá «birria» de *birrus*, a, um, rojo, llamativo? Ahí queda en el aire el interrogante.

La birria es el zangarrón de tierra salmantina, donde también se le llama el «gracioso». El P. Isla le denomina «zagarrrón», y da a «birria» género masculino. (Cartas familiares, 28 de mayo y 5 de junio de 1757).

La frase «estar hecho una birria» equivale a «estar hecho una facha o cosa similar». «Hacer el birria» es igual a hacer el payaso o el tonto, y una «birriada» suena a zamarrada o algo parecido.

Contrastan con la birria los danzantes, de ordinario ocho reales mozos, que usan alpargata blanca con una flor de rosa o de otro color, pero todas iguales; media blanca o calceta, liga de seda de color, más o menos realzada, con primores de aguja; calzón blanco con puntilla o bordado, faldas blancas también de vuelo con bordadura y camisa como los ampos; faja de seda

(1) Fué incluido este vocablo en la última edición del Diccionario oficial.

de color a manera de cinturón y otras dos franjas de lo mismo cruzadas sobre el pecho a estilo de bandas; en la cabeza pañuelo de seda a lo aragonés, atado a la izquierda.

Por temor a ser prolijo no paso a describir, aunque me quedo con las ganas, la «baila» de los santos, esto es, la breve danza que hacen, deteniéndose en su carrera a lo largo de la procesión, delante de las imágenes, y que termina con la «venia» o inclinación de cabeza y golpe seco de las castañuelas. Y lo mismo digo de los «ramos», o sea las diversas melodías de dulzaina (con letra para los ensayos) a que se ajustan los juegos de «palitroqueo», conjunto éste de trabajos verdaderamente ingeniosos y algunos de habilidad extremada, que ejecutan con los «palillos», nombre que les cuadra no muy bien, porque son dos palos de avellano de un medio metro de largós. adornados con figuras hechas a fuego y llevan unas cintas muy vistosas que sirven no sólo para sujetarlos, sino para que puedan ir colgados cuando los danzantes repican las castañuelas.

No deja de ser todo ello interesante por demás. Claro es que, al venir a las mentes el cuadro bellísimo, incomparable, único en el mundo, de la danza de los seises de su adorada Sevilla... ¡chitón! Pero también pueden ocupar puesto de honor en la historia sin par de la España eucarística los danzantes de Campos con su birria y todo.

Lo malo es ser «danzante sin castañuelas», frase corriente en dicho país para expresar la condición de taimado o vivo de una persona.

Conque... ¿tolera usted mi queridísimo Don Francisco, que, por estar de Bodas con la Academia, los danzantes de mi pueblo (los de castañuelas) le «echèn un lazo»? (No se asuste por la frase, porque es honrosa sobremanera, ya que con ella significan la distinción honorífica de poner a una persona a modo de collar una lujosa cinta unida por los extremos, señal de dedicarle un «ramo»). Allá vá:

Un ramo con siete flores
te tengo de presentar.
—«Cuidao» con equivocar
de la rama los colores...

A otra cosa.

CAVÓN, m. (de cavar).—Terrón grande (León, Valladolid y Zamora). En varias obras modernas he hallado citas. Vayan unos ejemplos:

Sólo se descubrían por todas partes cavones revueltos por el arado. (MARCÍAS PICAWEA, *La Tierra de Campos*, Parte I, cap. I).

Después empezó una labor más penosa, la de luchar con la tierra endurecida y petrificada, mutilándola, triturándola, reduciendo a polvo los cavones incommovibles. (LUIS SALADO, *En Marcha*, cap. XIII).

La opinión se forma allá entre los cavones, en medio del infinito erial. (DARÍO VELAO, *Bocetos castellanos*, «Ante el hogar»).

«Descavonar» es igual a desterronar y «cavonada», equivalente a azadonada.

Usase también el modo advercial «a cabeza de gato» para significar que los «cavones» se han hecho pequeños e iguales por efecto de una buena labor de la tierra.

El «tabón» de la provincia de Burgos ¿será una desfiguración del «cavón» de Tierra de Campos?

En Extremadura se llama tierra «cadona» cuando está dura y levanta «cadón».

HIENDA, f.—No en el significado del refrán «quien hienda echa en la coladera, hienda saca de ella», sino como «hendedura» o hendidura. Usase también en tierra extremeña.

Otras veces se afirmaba en la hipótesis de que estas malas noticias, como los gases y las miasmas, se filtraban, aunque vinieran de lejos, por las hiendas y resquicios de la curiosidad. (REYES HUERTAS, *Mirta*, cap. XII).

LUCILINA, f. (1).—Petróleo. (Cáceres, León, Palencia y Valladolid).

No varía este café de la taberna en más diferencia que la de hallarse en piso alto y cobrar a los socios media peseta mensual para lucilina. (DARÍO VELAO, *Bocetos castellanos*, «El café»).

OREJISANO, NA, ad.—Envío esta palabra por ver si se consigue extirpar del léxico oficial el contrahecho «orejano», que es

(1) También recogió últimamente el Diccionario oficial este vocablo.

un «palabro» feísimo, como se llaman en mi tierra las voces deformadas.

«Orejano» es a todas luces un derivado de oreja, como hospiciano de hospicio; pues véase la definición del Diccionario: «Dícese de la res que no tiene marca en la oreja, ni en otra parte alguna del cuerpo (!)». La primera vez que leí esta definición, instintivamente fui a la fe de erratas, pues no parece sino que alguien copió o trasladó mal el legítimo «orejisano», que pertenece, como salta a la vista, a las palabras compuestas en que se cambia en *i* la final del primer componente, en lo que es «multiforme» y «múltipara» la lengua castellana. «Orejisano» es muy usual en Extremadura y en parte al menos de Salamanca, y se aplica, en general, a todo ganado, pero en especial, al de cerda, cuando no tienen señal alguna en las orejas.

Y en verdad que es curiosa la nomenclatura de las «señales» (no son las muescas que trae el Vocabulario académico). Así, cuando se hace la señal en la oreja izquierda, se denomina «puerta»; en la derecha, «derramal»; hay «oreja hendida», «oreja de higuera», «golpe por detrás» y «buraco», que es un taladro redondo. Esto sin contar las combinaciones de las señales indicadas.

Tiene uso metafórico también esta palabra, y a este propósito viénesse a los puntos de la pluma la donosa respuesta que el vate castellano y extremeño Gabriel y Galán dió a un amigo suyo, que le preguntaba a qué escuela poética pertenecía, a lo que contestó el cantor de «El Ama» certera y graciosamente, tomado el símil de la ganadería en cuyos afanes andaba metido: —Soy orejisano.

Aquí le incluyo varios recortes del *Boletín Oficial* de la Provincia de Cáceres, como botones de muestra del uso del «orejisano». Dice uno de ellos: «Señas de los semovientes. Trujillo.—Dos lechones, macho y hembra, orejisanos».

Y basta de esto, no sea que este trozo de la carta degenerare en... orejudo.

PERDONES, m. pl. (1).—Avellanas, nueces, rosquillas cara-

(1) Autorizó este vocablo el «Diccionario Ideológico» de D. JULIO CASARES.

melos y otras cosas similares, que se compran en las romerías para agasajar a los que no han asistido a ellas. Es de uso corriente en León, Oviedo y Santander, y en parte de los de Valladolid y Palencia.

Pedro de Múgica, en su *Maraña del idioma*, dice que es un vocablo asturiano, procedente acaso de Bretaña. Y en su otro libro *Dialectos castellanos* recoge el término en la lista de palabras del dialecto montañés, y añade la siguiente nota: «En Bretaña se llama *pardón* a la romería».

Pláceme más esta otra explicación:

«Fué el cuento que cierto galán estaba rifando al naipe ciertas avellanas y genobradas, lo cual ganó, y viéndome, convidó a ello, y dijo: —Tome perdones, señora hermosa... No piense, señora hermosa, que me burlo, que en esta tierra es uso llamar perdones todo lo que se da en la romería, porque se tiene por devoción, como si fuera pan bendito .. Estos perdones fueron para mí jubileo plenísimo, porque como partí sin cenar más que de una empanada a la salida de la ciudad, traía picado el molino, y en punto comí tanto del perdón, que, si como quedé sin pena, quedara sin culpa, fuera jubileo de penas». (*La Pícaro Justina*, cap. IV del Libro II de la 2.^a parte).

Es de advertir que el pueblo no usa nunca en singular tal vocablo, que también le recogieron autores modernos, como por muestra, copio sendos textos de dos celebrados novelistas, uno de los cuales da a la par la razón del vocablo:

«Ni moza, ni zagal se retirará a la tarde sin cargar el pañuelo de *perdones*, para obsequiar en el pueblo con la tostada avellana o la dulce rosquilla, a las personas de su cariño, que no participaron de la fiesta». (JOSÉ MARÍA DE PEREDA, *Don Gonzalo González de la Gonzalva*).

«Muy pocos se van de las romerías sin llevar algunos de estos dulces en un pañuelo, los cuales toman el nombre de *perdones*, por ser la ofrenda que los romeros hacen a su familia en recompensa de haberse quedado en casa mientras ellos se divertían». (ARMANDO PALACIO VALDÉS, *El señorito Octavio*).

Y allá va otro par de ejemplos:

«La moza montañesa flagela al holgazán y es cruel con el roñoso, que no compra *perdones* en la romería para la novia o para la vecina». (J. MANCEBO, *Lazo de almas*).

Y en esta misma novela de costumbres leonesas hay recogido este cantar:

Fuiste a la feria y «golvistes»
y no me «trajistes» *per dones*:
no te tengo de dar nada
cuando vayas a gamones.

Hace no mucho tiempo en una ciudad española allende el Estrecho y en casa de una hidalga familia de la Montaña de Santander, de cuya generosa solicitud guardo dulce recuerdo, tras el típico «pucherucu» succulento y sabroso, nos obsequiaron al par de forasteros con varios cantares montañeses bonitísimos, de los que uno hace a nuestro caso:

Si vas al Milagro,
que maja te pones,
traéme el «pañuelucu»
lleno de *per dones*.

(Lástima que sólo literariamente pueda yo ahora ofrecer éstos al lector, sobre todo si, además de amable, tiene sus ribetes de «tutero», como llaman en Campos al que es goloso y husmeador).

RAMASCO, m.—Ramo (1.^a acepción). Don Modesto Lafuente, que vivió algunas temporadas en Mayorga de Campos, usó esta palabra en su *Fray Gerundio*:

«El solo y único palomo..., que halló un *ramasco* donde posarse para no perecer ahogado en las aguas del diluvio...» (Capillada 51, *Al público*).

REGULAR, intr.—De parecido matiz al rehilar (2.^a acep.), a saber, moverse una persona o cosa como temblando. En Campos se aplica principalmente al centellear: «Esta noche las estrellas *reguilan* mucho, están muy *reguilonas*». A este titilar de las estrellas en Extremadura le llaman *candilear*. Este verbo, del que carece el Diccionario, le aplican también los extremeños a los ojos: «Le *candilean* los ojos a este muchacho».

En el Poema de Alejandro (1869, d) se lee «ojo requilado»,

que vale tanto como muy abierto, atento, fijo, y así se usa en algunos pueblos de Campos y en Asturias, donde se oyen expresiones como ésta: «No te *reguiles* tanto», dirigida al que clava sus ojos en una persona o cosa.

El Fénix de los Ingenios, en *La Jerusalén Conquistada*, escribió:

...el hasta
que hirviendo el aire y *reguilando* vuela.
(3.^a acep. de «rehilar»).

Rehilete en Extremadura («rejilete») es el juguete infantil formado con una estrella de papel apoyada en una cañaleja para que dé vueltas al soplo del viento. Es el molinete (3.^a acepción).

Vaya por contera del «reguilar», para que quede bien remachado, un cuentecillo ingenuo que oí de niño a mi santa madre (q. s. g. h.)

Erase un mocito gallego, que se enamoró de la hija del rey. Y el rey accedió a concederle la blanca mano de la princesa si lograba pasar tres noches de invierno a reo durmiendo al sereno. Y como el amor no sabe lo que son obstáculos hasta que en ellos se estrella, aceptó el joven enamorado la dura prueba. Las primeras horas de la noche helada las fué soportando entre tiritón y tiritón, y ya bastante entrada la noche, oyó una lejana voz de mujer que gritaba en medio del hondo silencio nocturno: —Estrellitas del cielo, reguilad, reguilad, que esta noche un galleguiño va a espirar. —¡No seré yo! —contestó a tono el enamorado, a pesar de estar «reguilando» o temblando de frío. A altas horas de la noche, volvía-se a dejar oír la misma canción: —Estrellitas del cielo, reguilad, reguilad, que esta noche un galleguiño va a espirar. —¡No seré yo! —procuró gritar el cuitado, pero ya era su voz débil, casi apagada. Y ya cerca de romper el día, cuando más recio era el frío del hielo, sonó insistente por tercera vez la voz lejana de la sirena: —Estrellitas del cielo, reguilad, reguilad, que esta noche un galleguiño va a espirar... Y el pobrecito gallego no contestó. Llevado de su amor había espirado viendo reguilar las estrellitas del cielo. Y colorín, colorao...

SOTÁMBANO, m.—Cuando Don Julio Puyol topó con este vocablo en *La Pícaro Justina*, se detuvo en él, diciendo: «No sabemos si esta palabra será errata por sotabancos o tendrá alguna otra significación». La tiene, en efecto, y de uso actual en la provincia de León y en la parte que conozco de Campos. No es el sotabancos, ni siquiera el sótano, sino el socavón grande que hacen las aguas en los pozos y en los ríos, por ir la tierra «arroñándose» (otra palabra ausente del léxico oficial), es decir, desmoronándose por efecto de la humedad: «Se le encontró ahogado en un sotámbano».

TRAQUIÑAR, tr. (U. t. c. r.)—No es precisamente el traquear, o sea mover o agitar una cosa de una parte a otra, especialmente los líquidos, sino mover una cosa con uniformidad: «No *traquiñes* la mesa, que no puedo escribir con el *traquiñete*». «*Traquiña* la cuna del niño, etc.»

El P. Isla, en la carta fechada en 20 de enero de 1758 y escrita a Villagarcía de Campos (Cartas familiares), emplea este verbo en un epitafio que dedicó a una ardilla:

Aquí yace un torbellino,
que de puro *traquiñarse*.
ya no puede menearse:
¡ajo, alerta, peregrino!

ZAMARRÓN, ES, m.—De uso en la Montaña de León y en la Valdavia. Llámase zamarrón —emparentado con los zagarrones o zangarrones de la danza— la persona que se viste en los festejos de Carnaval de una manera harto estafalaria con estropajos y pellejos, cinturón de cencerros y careta horripilante de pellejo *tirrio* (vocablo de la Valdavia y de Asturias, que significa rígido), la cual careta se eleva a modo de mitra chata y termina por abajo en unas barbas desgrednadas de crines.

Los zamarrones (suelen ser dos) se arman de una vara con cuerda de la que cuelga una pelota bien apretada, al estiló de la del zagarrón, para espantar, y, si a mano viene, pegar a la gente. Son el terror de los muchachos. Goza de abolengo esta palabra, pues ya se cita en el antiquísimo Fuero de León.

Es probable que la voz zamarro, en el sentido de hombre

astuto y pillo que tiene en Costa Rica, Honduras y Venezuela, venga de zamarrón, el cual extrema la astucia y habilidad para dar sobresaltos a las personas.

Y lo mismo se diga de las «barbas de zamarro», que incluyó la Academia, y de la expresión «con barbas de zamarro», y del refrán «malo es el zamarro de espulgar y el viejo de castigar», y, aun del *zangarrón* de tierra de Salamanca en la significación de hombre corpulento y de malos andares, acepción que no se halla en el Diccionario.

En la comarca omañesa (León) dicen *zafarrón* o *zaharrón* en vez de zamarrón.

Y basta ya de tabarra, queridísimo Don Francisco. Si le parece bien, hala con esos vocablos y expresiones al crisol académico, a ver si alguna sale de él fina y reluciente.

También comencé a hacer acopio de refranes, pero al sacar a plaza usted la monumental obra paremiológica, di por terminada la búsqueda. Los que había reunido no los he contrastado todavía, pero a buen seguro que algunos no estarán recogidos, como tal vez éste que le brindo al saladísimo Bachiller Francisco de Osuna: «Entrando la paja en el pajar, ya es tiempo de seranear». Y he ahí cómo ha saltado este curioso verbo, que no está incluido en el Diccionario de la Academia, a pesar de haber advertido el sustantivo *serano*.

Hora es ya de poner el punto final, amadísimo Don Francisco. Muchísimo le admira y le quiere (en mi tierra no hay un loísta ni para un remedio) su affmo. en Xto., que queda gozósimo a su grato mandar.

* * *

Para concluir este homenaje cariñoso pondría yo aquí uno de los últimos retratos del Maestro, y escribiría al pie:

Este que veis aquí, de rostro aguileño, barbas níveas patriarcales, frente espaciosa medio oculta por la franja del gorro de trabajo, ojos vivísimos escrutadores, con las espaldas cargadas de la cosecha de dos centenares de obras rebosantes de gracia y amenidad, sentado entre libros y papeles en actitud de proseguir todavía las nobles empresas de la pluma, pese al es-

torbo de los años; éste que aquí veis es el cumplido caballero Don Francisco Rodríguez Marín, el comentador insuperado del Quijote, con quien vivirá por siempre y para siempre; el artista nunca bien ponderado de rancia solera hispana; el finísimo amante de la lengua y espíritu del Siglo de Oro; el rebuscador incansable y afortunado de tesoros del idioma, lo mismo por las minas empolvadas de pergaminos y papeles viejos de los archivos que por los campos del folklore de innúmeras flores inmarchitas; el escritor fecundísimo de facetas múltiples, en que no había de faltar la del poeta delicado y sutil, todas ellas de fulgores nítidos e inextinguibles, y para cuya labor titánica y sobrehumana, como para la de su venerabilísimo Maestro, Don Marcelino Menéndez y Pelayo, no hay, en verdad, loas apropiadas y suficientes...

Queden aquí estas desaliñadas líneas, como intento de manifestar la que Séneca llamaba la más honesta de las virtudes y de la que dijo Fernán Caballero que era la memoria del corazón.

ANTOLÍN GUTIÉRREZ CUÑADO.